

Avatares literarios de un guionista

Carlos Barbáchano¹

Quien intente aproximarse a la figura de Buñuel sabe de antemano que hay una obra ineludible para ese tanteo: *Conversaciones con Luis Buñuel* (Aguilar, Madrid, 1985), de Max Aub. El volumen fue elaborado por Federico Álvarez a partir de las transcripciones magnetofónicas de algunas de las abundantes entrevistas que, con y sobre Buñuel, realizó Aub poco antes de fallecer. Según parece, los herederos cuentan con un material que sextuplica lo conocido a través de esta edición, no demasiado cuidada. En conjunto, el libro reúne alrededor de cincuenta diálogos con personas que convivieron con el cineasta, lo cual supone un aporte fundamental para los investigadores, dado que a Buñuel no le agradaba ser entrevistado y escasean los testimonios del director. Por lo común, se mostraba muy reacio a la confidencia periodística y cuando lo hacía, llegaba a marear al entrevistador con falsas verdades. Resulta curioso, pero entre las pocas entrevistas de interés que se le hicieron, varias se deben a jesuitas, lo cual no ha de sorprender, pues la relación del director con el catolicismo fluctuó entre el amor y el odio.

La primera parte del libro de Aub incluye tres charlas en profundidad con el realizador, a través de las cuales obtenemos un retrato vital que completa el establecido en el libro de memorias *Mi último suspiro* (Robert Laffont, París, 1982; Plaza & Janés, Barcelona, 1982), transcrito por el fiel Jean-Claude Carrière. Con estos diálogos y otros documentos, aún inéditos, Aub pensaba hilvanar su último título, *Buñuel, novela*. Son éstas unas *Conversaciones* en las que va desvelándose la figura contradictoria y sorprendente del director: a través de las palabras de sus colaboradores, descubrimos que, si bien tenía fama de distante y hosco, se mostraba entrañable con quienes compartían sus gustos.

Tanto el libro de Carrière como el de Aub revelan otra peculiaridad buñuelesca: en ambos casos estableció sus recuerdos con la ayuda de un

¹ Profesor y ensayista. Autor de *El cine, arte e industria* (1973), *El cine* (1981) y *Luis Buñuel* (1986). Vocal de la Comisión Aragonesa para el Primer Centenario del Nacimiento de Luis Buñuel.

hombre de letras. Algo que también sucedió en la mayor parte de sus guiones, puesto que a la hora de redactar los libretos va a estar casi siempre acompañado por un escritor (Aub, Luis Alcoriza, Manuel Altolaguirre, Julio Alejandro, Raymond Queneau, Larrea, Henri Castillou, Carrière). No es fácil hallar una explicación a esa necesidad de compartir las tareas de escritura. Buñuel era un hombre de gran imaginación y dotado de una portentosa inteligencia visual, pero quizá le costaba fijar sus ensoñaciones. Probablemente, su fantasía, tan movediza, era más poderosa que su capacidad de aprehenderla, y por eso precisaba el concurso de una pareja creativa.

En primer lugar, siempre buscó la afinidad con esos colaboradores literarios. Existe una anécdota ilustrativa: cuando se citó con Carrière para conocerlo, comieron juntos y, a la hora de pedir los vinos, el cineasta preguntó a su compañero si aquéllos le gustaban. Éste respondió: «No sólo me gusta el vino. Sepa usted que mi familia cultiva viñedos en la Provenza». A partir de ahí, todo fue bien, porque Buñuel desconfiaba de las personas que ni fuman ni beben. Parece que, a su juicio, no son de fiar.

Aparte de su colaboración con escritores, no ha de olvidarse que la mayoría de los guiones de Buñuel son adaptaciones literarias, lo cual confirma su prolongada pasión por las letras. Se sabe de su inclinación adolescente por los novelistas rusos, de su temprano interés por la obra de Freud y los escritos de Sade, y también conocemos su obra escrita, muy vinculada a las primeras vanguardias españolas. Retomando este bagaje cultural, convertía asuntos ajenos en propios, y aunque los argumentos literarios por él adaptados no tuvieran gran cosa en común, sí coincidían con sus obsesiones personales.

Para el cineasta, trabajar en el guión era lo fundamental. Un rodaje suyo podía durar dos o tres semanas, pero llegaba a emplear un año en la escritura del texto. Como es bien conocido, en el fondo hubiera querido ser escritor. Su hijo Juan Luis revela cuánto envidiaba la libertad de los literatos, frente a los condicionamientos del realizador, aunque, a decir verdad, hizo casi siempre lo que quiso. En palabras de Buñuel, «filmar es un accidente, un accidente necesario, para que lo vean los demás, pero lo que me importa es el guión, el *script*, las situaciones, la historia, los diálogos. La palabra *cámara* no aparece en ningún *script* mío. Nunca tengo idea del desarrollo ni de lo que voy a hacer. No preparo nunca lo que voy a hacer en el plano siguiente».

El argumento será siempre un pretexto para introducir sus obsesiones. Por esa misma razón, adopta un estilo cinematográfico muy funcional y sobrio, próximo al del cine clásico norteamericano. El propio director relata en sus memorias un hecho que explica con claridad esa postura. Sucedió